

El Motín

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

AÑO XVII. MADRID 20 FEBRERO 1897. NÚM. 8.º

EL MOTÍN

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 5 céntimos.—Atrasado, 10.—Corresponsales, 20 números, 75 céntos. La correspondencia al Administrador de EL MOTÍN. Cincuenta por ciento de rebaja á los suscriptores directos en los libros de esta casa. Almanaque de regalo.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, pral.

Deseando fijar pronto mi opinión sobre las cuestiones suscitadas en el meeting del 11, dirigi la noche del 13 esta carta.

UNA SÚPLICA

Querido Lerroux: EL MOTÍN no vuelve á publicarse hasta el viernes; deseo decir algo antes, y pido hospitalidad á *El País*.

Hay que acabar ya. Unos por no desentonar mucho, otros por respetos mal guardados, algunos porque no se atribuyan sus actos á interesados móviles, todos llamamos; pues, los que más decimos, apenas hacemos otra cosa que descorrer el velo que oculta las miserias, las deficiencias, cuando no los manejos reprochables de nuestras eminencias de talco.

Adjuntas unas cuartillas. Si las cree pertinentes, publíquelas y se lo agradeceré.

Mi enhorabuena por su hermoso artículo de ayer ¡*A la fusión!* Es el camino. No hay otro.

Recuerdos á los queridos compañeros que le ayudan en la tarea revolucionaria que ha emprendido, y dispongan todos como gusten de su correligionario y amigo, NAKENS.

¡ABAJO LOS JEFES!

Por declaración de uno de los hombres que más valen entre nosotros, el Sr. Salmerón, resulta que, á los 24 años de preparación y propaganda, no tenemos ni un soldado, ni un cañón, ni siquiera un fusil; y que, por contera, somos ignorantes, indisciplinados y no sé cuántas más, ninguna buena.

Pues si no hubiera otras razones para licenciar á todos los que durante ese tiempo han estado, y están aún, al frente de nosotros, esa bastaría. Son incapaces para catequizar, no digo ya generales, cabos de escuadra; no se proponen á dar un céntimo; no saben unirnos... ¿Con qué derecho quieren continuar dirigiéndonos?

Cuando se piensa como el Sr. Salmerón, la más vulgar noción de honradez aconseja hablar de otro modo; de este: «Pueblo; has puesto tu confianza en nosotros, hemos fracasado, y te devolvemos los poderes, por si quieres buscar representación mejor.»

Pero, en vez de eso, el Sr. Salmerón insulta al pueblo. ¡Y el pueblo lo oye y no se indigna, y en ocasiones lo aplaude! ¡El eterno inocente!

Tendría razón el Sr. Salmerón para hablar como lo hizo en el *meeting*, si hubiera preparado un movimiento y los correligionarios no le hubieran secundado. Pero ¿lo ha hecho? No, al menos que yo sepa. Y siendo así ¿cómo nos dice que para nada valemos?

«¡Disciplina! ¡mucho disciplina!» Esta frase equivale ya en el Sr. Salmerón á la de ¡lorito real! en el gremio de papagayos. Paso por ello, mas pregunto: «¿Para qué la disciplina? ¿Para

que vayamos como un solo hombre á las elecciones, ó á contribuir al sostenimiento de un Casino? Esto es ridículo. La disciplina se pide para algo, como se impone por sí sola cuando el soldado sabe que sus jefes lo llevan ó tratan de llevarle á la victoria.

Otra de las manías del Sr. Salmerón es atraerse á las clases conservadoras. ¡Cuánto se equivocal! Esas clases nunca tendrán confianza en el hombre que, entre otras tachas para ellas, tiene la que yo: la de anticlerical.

Más aún: ni los mismos republicanos nos pondríamos á su lado para eso. Si tuviéramos que pasar, desgraciadamente, por una república conservadora, no sería Salmerón quien la representase, sería Castelar; no sólo como garantía para esas clases, sino hasta para nosotros. Con Castelar ya sabíamos hasta donde podríamos llegar. Con Salmerón, no.

Pero me he distraído del objeto principal, que es este. ¿Cree el Sr. Salmerón que no tenemos fuerzas? Ha hecho bien en decirnoslo; la verdad ante todo; mas al confesar eso, se le imponía esto otro: declarar que él, ni como político, ni como jefe de partido, ni como persona la más influyente en la Unión republicana, sirve para organizar las propias ni atraerse las extrañas. Y esta declaración, hecha noblemente, le hubiera acreditado de político inhábil, de revolucionario incapaz, pero le habría dado patente de sincero. Y algo es algo.

«Orden, disciplina, la cabeza dirige, el talento se impone»... El Sr. Salmerón no deja reposar estas palabras... Bien; pero el orden no es la pasividad, ni la disciplina la sumisión, ni todas las cabezas que piensan saben dirigir, ni el talento sirve para todo. Y cuando se tiene, como él, un pasado abrumador como estadista y en blanco la página revolucionaria, al tratarse hoy de revolución como mañana se tratará de hombres de Estado, fuerza es pedirles á los hombres que nos dirigen esas condiciones, y eliminarlos sino los tuvieren. Y al Sr. Salmerón puede admirársele como orador, y hasta como hombre de talento excepcional, sin contraer por esto la obligación, ni aun por amor á la disciplina, de juzgarle impecable como jefe ni confiar en él como revolucionario.

Yo creo, apasionamientos á un lado, que el Sr. Salmerón vale mucho; mas no pondría en sus manos la suerte de la República, por no exponerme á que la perdiera por un escrúpulo nimio, por un prejuicio de escuela, ó por una exageración del espíritu de justicia. Para gobernar, prefiero hombres de talento más flexible, de carácter más abierto, de mirada que abarque el conjunto sin olvidar el detalle, de menos confianza en ellos y más en los que les rodean.

Al escucharle en el Circo de Colón deprimir y denigrar al pueblo, para acabar diciendo que pensaba como él en cuanto á la formación del partido único, no podía menos de decirme: «El de siempre. Si hubiera empezado por donde acaba, sale de aquí en los brazos de sus correligionarios.» Para hacerlo como lo ha hecho, valiera más que se hubiera mantenido en su terreno. Así, ni ha quedado bien como político, ni se ha salvado como hombre. Insultar al pueblo fué torpeza; darle la razón, pudo bien tomarse por temor, ó por algo peor, por cálculo; también pudo achacarse á resabios de pedagogo.»

Porque Salmerón es catedrático siempre: el *magister dixit* le seduce y la palmeta le encanta. No habla nunca como el resto de los mortales; y cuenta que no me refiero á los mortales del vulgo, sino á los que valen tanto como

él, ó le andan á los alcances: de aquí que pocas veces se ponga al unísono con las masas populares, y que las ofenda cuando quizá pretende ilustrarlas. Siempre habla desde lo alto.

Habría que decirle al Sr. Salmerón: «Dígnese usted descender de su pedestal; humanícese y hablemos. Es usted un hombre eminente en la cátedra y en el Parlamento, de los más eminentes, el más eminente acaso. Sus teorías filosóficas nos encantan y sus discursos nos admiran; mas no tratamos de eso ahora; tratamos de suavizar asperezas, anunar voluntades, reunir fuerzas, organizarlas y buscar quien nos ayude. Y como ni usted ni los que le secundan sirven para eso, según ha declarado usted el jueves, fuerza será buscar hombres que para eso sirvan, como se busca un arquitecto para construir una casa, y no un naturalista ni un químico, por sabios que sean. Asociado con los que el pueblo elija puede usted prestar grandes servicios, si se cura, aunque no sea del todo, de su afán de dominio y de absorción: mas como jefe nada puede hacer ya; ni usted, ni los demás que están al frente de las fracciones.

Lo poco que representan hoy, á pesar de lo que valen, dícelo elocuentemente el que hace tres años unos modestos ciudadanos, (tan modestos que tuvieron que reunir céntimo á céntimo la cantidad necesaria para los gastos del *meeting*), convocaron á los republicanos en el Circo del Príncipe Alfonso para el 17 de Noviembre, y siendo mucho mayor que el de Colón, al comenzar se veían ocupadas por completo localidades, pasillos, huecos de puertas; mientras en el de Colón quedó sitio desocupado el jueves para dos mil espectadores. Es decir, que ni lograron ustedes lo que *La Bella Chiquita* y Onofroff conseguían todas las noches: ver lleno el local; síntoma cien veces peor que el de las manifestaciones de desagrado: éstas pueden ser inspiradas por la pasión del momento, fácil de cambiar; pero ¿cómo luchar con la indiferencia que sustituye al entusiasmo?

Este ha sido el resultado de la labor de los jefes: trocar el entusiasmo en indiferencia, apartar de la vida activa á muchos republicanos, matar la fe, disminuir la esperanza.

Y todo ¿por qué? Por creerse cada uno de ellos, especialmente el Sr. Salmerón, el primero, el mejor, el único, sin comprender que hay quien tiene más talento que todos juntos, y es... la democracia.

Vuelvan sobre su acuerdo, enmienden sus errores, presenten la dimisión de sus jefaturas, quédense de simples ciudadanos, y nadie les negará su mérito, ni rechazará sus servicios, ni les faltará á la consideración y el respeto que merecen.

Mas si se empeñan en resistir cerrando los ojos á la evidencia, que se vayan acostumbrando á la poco agradable idea de ser barridos por su amo el pueblo, ese amo á quien ni supieron servir ni quieren obedecer.

JOSÉ NAKENS.

¡ESTO SÍ QUE ES DIFAMAR!

Para tirar piedras al del vecino, es preciso no tener el tejado de vidrio; y de vidrio, y muy delgado lo tiene el órgano del Sr. Salmerón en esto de quitar prestigios y enlodar famas.

Los actuales redactores quizás no lo sepan, porque no escribían en él allá á fines del 90, fecha en que *La Justicia* emprendió contra el Sr. Ruiz Zorrilla, único prestigio revolucionario entonces, la campaña más dura y terrible

que se ha emprendido contra político alguno en España.

Yo he atacado á los jefes siempre que lo he creído justo; mas como nunca lo he hecho por elevarme sobre su desprestigio ni por dar vida á una agrupación, como el Sr. Salmerón lo hizo, me enorgullecí de ello. ¿Se enorgullecen *La Justicia* y el Sr. Salmerón de esto que le dijeron al Sr. Ruiz Zorrilla, y que debería haber sellado en adelante sus labios para lamentarse de los ataques que pudieran inferírseles, por grandes, injustos y continuados que fuesen?

«Dijo *La Justicia*, que D. Angel Fernández de los Ríos murió proscrito en París, abandonado por los zorrillistas, y que en vano se hicieron gestiones para que se proyectase en la cámara mortuoria la figura del Sr. Ruiz Zorrilla...

Afirmó que los zorrillistas engañaban á militares de alta graduación para que marchasen á ciertos puntos á ponerse al frente de fuerzas imaginarias, y al regresar, después de haber comprometido su vida ó su empleo, los trataban de cobardes cuando no de traidores; por supuesto, á espaldas suyas...

Aseguró que el Sr. Zorrilla traicionó á Rivero, y que éste condenaba con olímpico desprecio las intrigas inútiles del revoltoso impertinente, de quien decía que disgustaba á todos menos al rey de España...

Dijo que el Sr. Zorrilla había entablado relaciones con todos los personajes contrarios á las instituciones, y que todos se habían retirado disgustados de su amistad al poco tiempo...

Habló de la constancia con que se recaudaban fondos, de industriales completamente arruinados, de pobres diablos que deseaban saber en qué se habían gastado tantos miles de duros, puesto que ni un solo soldado se había sublevado...

Preguntó, en vista de que todo lo que el Sr. Zorrilla tramaba lo sabía el gobierno, si no era preciso ser insensato ó loco para entenderse con él...

Acusó al partido zorrillista de andar en incomprendibles contubernios con los conservadores...

Dijo que los amigos del Sr. Zorrilla, los conservadores y los demócratas canovistas de Martos estaban á partir un piñón...

Consignó que todos los movimientos del Sr. Zorrilla sólo habían servido para arrojar del poder á los liberales y que los sustituyeran los conservadores...

Aseguró que en el movimiento de Badajoz sólo entraron los republicanos de abolengo, y preguntaba que donde se encontraban aquel día los zorrillistas tan valientes de lengua que brillaban siempre por su ausencia en los momentos de peligro...

Habló de un brigadier que, al verse engañado, dijo ante la puerta de un cuartel en Valencia, refiriéndose á los zorrillistas: *Lo de siempre; canallas y traidores...*

Dijo que un francés, secretario de Zorrilla, se había hecho millonario en jugadas de Bolsa...

Calificó al Sr. Zorrilla y á sus hombres importantes de cobardes y desleales, por que se quedaban en sus casas mientras lanzaban á los movimientos de fuerza á algunos desdichados...

Habló de millones inútilmente gastados, de víctimas en mal hora sacrificadas, y de que el Sr. Zorrilla no tenía más medio para conservar su prestigio que el sublevarse, dadas las dotes de cultura, entendimiento y moralidad que le adornaban comparadas con las que distinguen á los prohombres republicanos...

Dijo que el Sr. Zorrilla traicionó en los trabajos revolucionarios al duque de la Torre; y habló de un Centro militar bajo la presidencia del general Izquierdo, á cuyas órdenes estaban cuatro tenientes generales, varios mariscales de campo, brigadieres, y muchos coroneles y tenientes coroneles, centro que trabajó en secreto dos años, pero que fué descubierto cuanto se puso en combinación con el Sr. Zorrilla...

Hizo cargos al Sr. Zorrilla por la muerte del heroico Mangado, y dijo que el gobierno supo lo que se tramaba con diez días de anticipación, como ocurrió con Ferrándiz y Vellés...

Dijo que no era de republicanos, ni de caballeros honrados sacrificar la vida de los entusiastas fanáticos á la vanidad y al interés de un partido, cuanto más de un hombre...

Habló de la incapacidad é insignificancia del señor Zorrilla, y de que nunca había pensado en una revolución seria y formal; y de ridículas conspiraciones por medio de cartas y de gentes que generalmente eran á la vez empleados de la policía secreta...

Dijo que el Sr. Zorrilla, al hablarle de la propaganda legal, contestaba: «Todo eso es muy bueno, muy bonito, digno de aplauso; pero yo toda la carne que me traigan al garabato la arrojo al gato...

Aseguró que Villacampa fué á una segura catástrofe, pero que fué, según él dijo, porque no quería que los zorrillistas le llamasen cobarde por segunda vez...

Aventuró que habría que preguntar á muchos por el destino que se había dado á cantidades importantes facilitadas para movimientos *non natos*...

Trató de poner en evidencia al Sr. Zorrilla, asegurando que, mientras aquí los movimientos revolucionarios hacían tantas víctimas, él ocupábase en hacer galletas para ganado caballar y mular en una fábrica que tenía en compañía con un francés...

Calificó de torpe, vanidoso y ambicioso ridículo al Sr. Ruiz Zorrilla, añadiendo que de las agitaciones y catástrofes revolucionarias se sacaba criminal partido, improvisándose capitales fabulosos...

Dijo que los zorrillistas no era posible que tuviesen á su lado ni el talento, ni la virtud, ni la moralidad, y que no tenían otro fin ni más propósito que ascender en categoría, no por sus méritos, sino por falta de personal...

Esto dijo en 1890 *La Justicia*, órgano del Señor Salmerón, con algo más que suprimo. Y quiero que se me diga imparcialmente si tiene derecho á quejarse de nada que le digan, el hombre que de tal manera obró con el que había sido su jefe y su amigo.

Fíjense en todo eso los apreciables compañeros de *La Justicia*, y sin olvidarse de que mañana pueden salir del periódico como han salido sus antecesores, unas veces individualmente y otros por tandas, (porque no ha habido periódico que haya sufrido más cambios de personal), piensen en la poca envidiable actitud en que se encontrarían si, por defender hoy un á hombre, se divorciaran de la opinión republicana, manifestada tan potentemente el 11 de Febrero.

Sé cómo piensan algunos de los compañeros que en *La Justicia* escriben, y lamento que se comprometan demasiado, extremando la defensa del Sr. Salmerón. Hay algo que obliga más que el ser accidentalmente redactor de *La Justicia*, periódico de tránsito para los republicanos, y es la justicia, esa virtud que inclina á darle á cada uno lo que le pertenece.

La campaña contra el Sr. Zorrilla, emprendida por el Sr. Salmerón, fué, como han visto los redactores de *La Justicia*, sangrienta é implacable. ¿Quien la ha igualado, ni antes ni después? ¿Quien podrá excederla?

Yo combatí rudamente al Sr. Zorrilla al convencerme de que monopolizaba la opinión revolucionaria sin provecho para la República; y no sólo no me arrepiento de ello, si no que volvería á hacerlo, si no lo hubiera hecho ya y él estuviese vivo. Pero al hacerlo, me expuse á perderlo todo (como así sucedió), y á no ganar nada: lo contrario que el Sr. Salmerón, que lo combatí en su periódico por agrandar su microscópico partido. ¿Se atrevería hoy el Sr. Salmerón á sostener todos esos ataques de *La Justicia*, como yo me atrevo á sostener los míos? Y no atreviéndose ¿cómo hablar de odios, ni de difamación, ni de envidias, ni de malquerencias?

La mejor prueba que han podido dar los progresistas de su amor á la Unión republicana (por que no puedo achacar á olvido su conducta), ha sido formar parte de un organismo en que entraba el hombre que difamó ó consistió que difamaran de tal modo en su periódico al Sr. Ruiz Zorrilla.

Y que esto en el Sr. Salmerón era odio mezquino, irreconciliable, no disentiendo político, pruébalo que ni aun después de muerto Zorrilla ha podido dominarlo. Le invitaron á una velada en el Salón Romero para honrar su memoria, y trató de mancillarla; le pedí que fuese, con los demás miembros de la Unión á sellarla en Burgos ante la tumba del que fué su jefe, y me contestó negándose, bajo el pretexto de que era decididamente opuesto á toda exaltación personal.

¿Negarse á rendir homenaje á un muerto, que si tuvo deficiencias que debimos patentizar y combatir mientras vivió, tiene perfecto derecho á nuestro respeto y nuestra consideración desde que dejó el mundo, si no precisamente

por lo que hizo, por lo que intentó al menos?

Esto retrata al Sr. Salmerón, ese hombre que, enemigo de toda exaltación personal, se revuelve airado contra el pueblo que sigue en esta parte sus enseñanzas.

Sirva lo dicho de contestación á las insinuaciones de *La Justicia* contra los que hemos atacado al Sr. Salmerón por haberse ensañado con el pueblo, á la vez que á todos los republicanos que puedan hacerlas.

Hace pocos días defendí al Sr. Salmerón, por no creer que hubiese tratado al Sr. Pi de la manera que sus partidarios decían, en la excursión que hizo por provincias.

Esto prueba que no juzgo nunca sin pruebas, y que, en punto á olvidar, no le cedo la palma á ninguno; pues si hubiera recordado lo que hizo con el Sr. Zorrilla, habría admitido desde luego la versión de los federales del Señor Pi.

TEOLOGÍA

PARA GONZÁLEZ SERRANO.

Levantábase el convento en las afueras del pueblecillo, en una rinconada del valle umbrío, tachonado de grandes manchas de verde-oscuro—grupo de árboles—que destacaban sobre el verde-claro de las huertas; dividido por una franja blanca, plateada,—el río, un río callado, limpio, que se deslizaba mansamente por entre juncos y álamos, tapizadas sus riberas de césped salpicado de violetas, sombreado en el verano por grandes espesuras que en las horas de sol ardiente formaban sobre sus aguas muertas enrejados de luz y sombra.

Levantábase allí el convento, asomando sus paredes blancas por encima de las copas de los árboles, oculto en aquella enramada tranquila, sólo turbada por el jugueteo de los pájaros, por el sonido de la campana de la iglesia, vibrante, cristalino.

Respirábase en aquellos lugares tranquilidad, majestuosa calma de la vida dichosa, del deber cumplido; tranquilidad fuera, en aquel huerto extenso, de caminos enarenados, cubiertos de frondosas parras, en el otoño cargadas de racimos dorados; tranquilidad dentro, en los largos claustros, cuidadosamente limpios, inundados de luz que se colaba por los calados ventanales góticos, cubiertas las paredes por descomunales lienzos, con martirios, con visiones beatíficas... un monje con las extremidades amarradas á la cola de fogosos corceles que partían en direcciones opuestas; frailes de rodillas, abierta la boca, cruzadas las manos ligeramente apartadas del cuerpo, levantada la cabeza al cielo,—de donde bajaba un rayo de luz vivísima,—pintado en los ojos el goce extraterrenal, el pismo de cosas nunca vistas.

Todo era silencio en aquellos corredores. De cuando en cuando ruido de paños que se mueven, de sayal agitado, el tin-tin metálico de las cruces y medallas de un rosario... un monge que venía presuroso, que pasaba diligentemente—de día—cortando los grandes cuadros de luz de las ventanas, bañándose á intervalos en el sol que entraba á torrentes; destacándose de la sombra—si de noche—para ser iluminado un momento por la luz que pendía en un ángulo ante su Cristo, y sumirse otra vez en la obscuridad. Apariciones rápidas desombras que flotaban un instante y desaparecían luego por la puertecilla de una celda, por la gran puerta del coro, que al ser abierta dejaba escapar las notas del órgano, las vigorosas voces de un canto religioso, que en la soledad de la noche resonaban en todo el convento, por los claustros, por los patios, por las celdas.

Por las celdas donde los monges hacían sus oraciones y trabajaban en estudios literarios, en investigaciones históricas, laborando pacientemente; por las celdas, reducidas piezas de paredes limpias, con algún cuadro de santos, con estantes de libros místicos: Malon de Chaide, S. Juan de la Cruz, *La Josefina*, de Gracian, el confesor de santa Teresa, las graves obras del P. Vitoria, de su discípulo Melchor Cano, el *Tratado del Amor de Dios*, de Fonseca; libros venerables, inspiradas páginas de espasmos de amor divino, de deliquios y arrobamientos sobrehumanos; meditaciones magestuosas en que el espíritu se sume en un mar de luz difusa, bienhechora, libre de las turbulencias mandanales, de las codicias y rencillas de los hombres...

Y así vivían aquellos religiosos; en perfecta calma de espíritu, ajustados á su regla áspera, llena de penitencias y martirios.

Porque penosa era la vida en el convento. Penosa para los profanos, para los que sólo veían en ella los

cilicios, los ayunos, las molestias de todo género con que se atormentaban los monjes; no para estos que, fija la vista en el cielo, abstraídos de la carne y del mundo, encontraban dulces todos los martirios, por crueles que fuesen.

Verdaderamente lo eran. Absteníanse durante días y más días de todo alimento que no fuese pan, comiendo otras veces manjares mezclados con ceniza; azotábanse ferozmente hasta que la sangre salpicaba las paredes; pasábanse noches enteras de rodillas en oración... hacían en fin, mil penitencias diversas y asperísimas que daban á aquel convento olor de santidad por toda aquella contornada del valle umbrío. Y vivían felices.

Hasta que—ocurría esto en aquellos tiempos en que Miguel de Molinos iba por esos mundos sembrando la mala semilla—hasta que una duda—ocurrencia risible primero, preocupación seria después, y más tarde duda terrible—fué ganando el cerebro del santo prior de aquellos siervos.

El caso era grave.

Habitados al sufrimiento, en su larga práctica del martirio los buenos religiosos llegaron á encontrar agradables los dolores mas atroces. El cilicio era para ellos una diversión, el ayuno un regocijo. Encontraban placer en el tormento, deleite en las penalidades; puesto que penalidades y tormentos los sufrían por amor de Dios, por servirle y honrarle mas dignamente, por merecer más en justicia su reino. Si nada había más agradable á los ojos del Señor que la penitencia, ¿no era lógico que ellos, que por El morían, encontraran agradable la penitencia?

Y la encontraban. Tanto como el hombre mundano goza en los brazos de una hermosa, ó sentado á una mesa suntuosamente servida, gozaban aquellos devotos monjes ayunando ó macerándose las carnes.

Su vida era una continua orgia de dolor-placer; la fama de su libertinaje extendiase por la comarca como antes la de su santidad. El pueblo estaba escandalizado; las viejas devotas murmuraban.

—¿Pero ha visto usted que escándalo?

—¡Repárese usted que vergüenza!

Hablaban pestes de los frailes, del P. Zutano, del P. Mengano, antes tan santos, tan austeros; y al tropezarse en la iglesia solitaria, acabados los oficios, cuando el hermano sacristán agitaba las llaves en señal de despedida, se santiguaban llenas de santo horror.

—¡Bendito!

—¡Jesús!

Mientras tanto los religiosos, ganados de espanto, no sabían lo que hacer para salir de aquella situación escepcional. Porque reconocían lo motivado del escándalo. Indudablemente—pensaban—á Dios no se puede servir con el placer; y placer intenso es el que ellos experimentaban martirizándose. ¿Que hacer, Señor, para huir del goce terrenal que de manera tan impensada se había metido en el convento?

Entonces entró la duda, que más tarde se convirtió en doctrina categórica, terminante.

La idea nació del prior, profundo teólogo definidor de la orden, varón de entendimiento claro y hablar elocuente.

Si para nosotros—se dijo—el sufrimiento ha llegado á ser goce, ¿tanta es nuestra devoción y amor á Dios que hasta lo más cruel encontramos dulce?... Si para nosotros el tormento es placer, ¿no podría ocurrir por el contrario que el placer terrenal, por nosotros tan huido, nos ocasionase el más vivo dolor? ¿No es acaso para nosotros motivo de tormento, de las más terribles ansias el desagradar á Dios sirviendo al mundo? ¿No podríamos encontrar la penitencia donde otros hallan el goce?

Pensando de este modo fué afirmándose cada vez más en su idea. La lógica era concluyente; y ganoso de dar á conocer su remedio, la salvación por él hallada, reunió á la comunidad, y con voz reposada fué exponiendo su proyecto.

La opinión fué unánime; todos, sin exceptuar uno solo, estuvieron acordes. Decidieron, pues, poner cuanto antes en práctica las doctrinas del prior, aquel varón sabio y hombre justo.

Y renació la tranquilidad en el convento, y tornaron las gentes á sentir profunda veneración hacia aquellos humildes siervos del Señor. Porque los monjes se martirizaban cruelísimamente saboreando ricos manjares, refocilándose con garridas mozas, durmiendo en blandos colchones; penitencias todas que, al ser desagradables á Dios, les producían á ellos, sus más amantes hijos y servidores, profundas heridas en el alma. Y, ¿acaso no era eso dolor, martirio?

Lector:

¿Crees que los buenos monjes continúan, en el fondo de los valles tranquilos, de las apartadas calles de las ciudades donde sus conventos se levantan;

crees que los buenos monjes continúan practicando la teología del placer-dolor?

J. MARTÍNEZ RUIZ.

¡ÁRNICA! ¡ÁRNICA!

El tema es viejo, pero muy socorrido. Decir que ayudan á la monarquía los que combaten á los jefes, si no prueba nada, tiene la ventaja de llamar la atención á otra parte, timo vulgar como pocos, y que está al alcance hasta de los rateros. ¿Quién no ha visto á alguno correr por la calle gritando ¡á ese! ¡á ese! siendo el perseguido él? Por esto hay que despreciar esa majadería.

Refiriéndose á esto, y en una de sus cartas á *Juan del Pueblo*, dice mi querido colega *El País*:

«El día que yo me harte, no contra los lacayos, que esos no merecen una plumada, sino contra los señores, sacaré á relucir viejas historias y entonces veremos quién hace aquí la causa del Gobierno.

No te apures, Juan amigo; no voy á empeñarme en discusiones fraticidas, porque no es fraticidio destruir á ciertos hombres: esos hombres no tienen el honor de ser hermanos míos.

Y si alguno vuelve á repetirme lo que hoy me refieres, preséntale, Juan, este problema:

¿Quién hace más daño á la causa, el que combate á diario, exponiéndolo todo, contra los enemigos de fuera y los que no cumplen su deber dentro, ó los que suben á la tribuna, y dirigiéndose al pueblo enteran al Gobierno de que somos elemento despreciable los republicanos porque no tenemos fuerzas, ni dinero, ni soldados, ni fusiles, y somos ineducados, indisciplinados, ingobernables é inútiles para ponderar en la política del país?

¿Servir la política del Gobierno!...

Sirvenla, Juan, los que condenan la revolución; los que la impiden ó entorpecen en ocasiones; los que van á las Cortes encasillados; los que escinden los partidos para crear otros nuevos, sin razón de ser ni respondiendo á necesidad alguna; los que en diez años de jefatura han ido cuatro veces á las Cortes y ninguna á la revolución, á la emigración ó á la cárcel; los que en vez de honrar la memoria de ilustres mártires la escarnecen en veladas públicas; los que sienten celos hasta del homenaje que rinde el pueblo á las tumbas gloriosas; los que en momentos álgidos y perteneciendo á Comisiones peligrosas abandonan el puesto de honor para ir á veranear en las playas del Norte.»

La estocada es buena.

Acudan los curanderos con frascos de árnica, aglutinante y cuantos remedios se aplican para curar heridas, que de todos necesita el Sr. Salmerón, que la ha recibido.

Y advierto, en bien del enfermo, que no se cura con emplastos retóricos ni con cataplasmas fetichistas... pues no soy de los que quieren la muerte del pecador, sino que se arrepienta y viva.

OPINIÓN DE UNO DEL PUEBLO

Lo que á *El Imparcial* le llenó de pena en la noche del 11, causó á los republicanos que no tienen ninguna responsabilidad en los males de la patria y del partido, inefable alegría, devolviendo la esperanza á sus ánimos y la fe en el triunfo, al ver que el partido no era ya una manada de borregos, un ejército de esclavos.

Lo que el colega encuentra censurable, nosotros lo encontramos digno de loa: con esclavos no se ha fundado ningún gobierno libre ni justo; el esclavo levantará magníficos edificios, construirá calzadas eternas como las romanas, mas no creará Estados como Suiza.

El pueblo fué llamado á manifestar su opinión al circo de Colón, y como no se le concedió voz ni voto, la manifestó como pudo, de la única manera que le era permitido, con muestras de desagrado que nunca traspasaron los límites de la buena educación: testigo el mismo *Imparcial*; que al hablar del acto no consignó que se hubiera silbado á nadie ni pronunciado frases incorrectas.

El pueblo estuvo prudente y comedido, aunque fué provocado por el Sr. Salmerón en diferentes ocasiones, por olvidarse, como se olvida á menudo, de que es simple mandatorio, y de que sin aquellos á quienes insultaba y zahería no habría llegado á donde ha llegado; que el pueblo merece tanta consideración como el cliente rico que le confie sus negocios; que sin él no

hubiera obtenido los 27.000 votos que en menguada hora le dimos, y que tal vez no volverá á tener, y que si el pueblo carece de todo aquello que decía, él, que lo tiene, debía haberle dado ejemplo.

Pero *El Imparcial*, con una malicia que nunca le agradeceremos bastante los que censuramos al señor Salmerón, á pretexto de defenderle ahonda más la herida y la hace mortal, pues pone su conducta enfrente de la del Sr. Muro, que defendió lo mismo, y no sólo no fué objeto de censura, sino que fué aplaudido por todos.

Desengáñese *El Imparcial*: el Sr. Salmerón, á pesar de su gran talento, tiene el don especial de ser siempre inoportuno y provocar las protestas de todos los buenos republicanos. Esa noche lo estuvo como lo está siempre, y testigos de ello son todos los que asisten á veladas ó reuniones en que habla. Para no citar muchas, lo haremos solo de la celebrada en el Salón Romero para honrar la memoria del Sr. Zorrilla, y en la que sus palabras dieron pretexto al señor Carvajal para hacer una enérgica defensa del muerto, que todos aplaudieron; aplausos que fueron la condenación más elocuente de las poco caritativas é impropias palabras pronunciadas por el Sr. Salmerón.

Créalo *El Imparcial*; estas tempestades en los partidos son tan necesarias como las de la Naturaleza, porque después de unas y otras viene la calma y la tranquilidad tan necesarias para la vida, aun cuando los rayos de una y otra hayan producido algunas víctimas. Pero no hay que preocuparse, que otros hombres vendrán á ocupar sus puestos: ni la Naturaleza ni los partidos mueren por tan pequeñas causas.

En lo que acierta *El Imparcial* es en decir que con otro 11 de Febrero no quedará ni polvo, pero será de esos que llama dioses, que tan buenos servicios han prestado, y no á la República, en esta larga proscripción del poder. Recuerde el 5 de Marzo y tenga presente que los 27.000 votos que obtuvimos con el censo amañado, los tendremos siempre que el partido, no los dioses, quiera manifestar su poder.

Si la santa disciplina, que tantas veces ha bendecido el colega, produjo el 2 de Mayo, no dude que la cometida ahora por el partido pueda algún día ser origen de algún fausto suceso para la patria, que tanto dice que ama.

TEÓTIMO CLEMET.

SERIEDAD

¿Celebrar un banquete los partidarios de la fusión? Imposible.

Poco ingenio tienen los fetichistas que han inventado la especie. Porque indudablemente ellos han sido.

La fusión debe, entre otras cosas, devolver al partido republicano la seriedad que había perdido, apartándole por completo de todo acto que se parezca ni de cerca ni de lejos á los que ha venido realizando, y que nos han traído á la situación en que nos vemos.

Deben acabar, pues, las veladas musicales con intermedios de poetas caseros, los vivas á cualquiera que llega á una población extraña, los banquetes en que se asesina á la monarquía al comenzar la digestión, y sobre todo, ¡oh, esto es horripilante!, los discursos en que se habla de nuestro valor, nuestra honradez, nuestro civismo y de las virtudes excepcionales del egregio de tanta. Por lo mismo que tenemos todo eso, debemos abstenernos de pregonarlo.

Seamos también parcos, muy parcos, en la aplicación de adjetivos encomiásticos, reservándonos cuidadosamente para volcarlos íntegros sobre el que ó los que trabajen de verdad por el triunfo de la República.

Terminen de paso las leyendas de los políticos excepcionales, los grandes filósofos, los incomparables oradores, y toda la cáfila de los ilustres, los eximios, los integérrimos, la de estos especialmente, pues aun admitiendo que todos lo sean, no se lo digamos á ninguno para evitar nuevos endiosamientos que incuben nuevos incapaces.

En suma, seamos más serios que hasta aquí, de pensamiento, de palabra y de obra. Callemos y obremos.

¡Ah! No quiero que se me olvide.

Convencidos por la experiencia de que los desplantes revolucionarios hacen ya reír, y que las continuas excitaciones á la rebelión

resultan contraproducentes, proscribamos de nuestro vocabulario las palabras gordas que á nadie mueven ni á nadie asustan.

Hasta hoy han podido disculparse, ya que no justificarse, porque contribuían á marcar la línea divisoria entre unas y otras fracciones; habiendo éstas desaparecido, ó estando próximas á desaparecer, y aspirando todos los republicanos á lo mismo, ninguno tenemos derecho á emplearlas en lo sucesivo.

Sintetizando. Hay una regla segura para no equivocarnos en adelante; esta: Al tratar de decir ó de hacer algo, consultemos á la memoria; y si ella nos asegura que lo hemos venido haciendo ó diciendo, tengamos por sospechosa la idea.

Obrando de diferente manera que hasta aquí, podremos equivocarnos alguna vez; ¿quién es infalible entre nosotros, no siendo jefe?; mas continuando la tradición, nos equivocaremos siempre.

Y como una de las cosas tradicionales entre nosotros son los banquetes, debemos eliminarlos de nuestro repertorio. ¡Abajo todas las bazofias, lo mismo para el estómago, que para la inteligencia!

LOS JEFES

Se resisten á morir. Es natural, aunque depresivo para ellos. Ninguno se atreve á pensar: «donde quiera que yo esté, estará la cabecera.» Se conocen por lo visto, y temen que, perdido el cargo, vengán muy á menos.

Van, vienen, brujulean, se reúnen, discuten... Tiempo perdido. Están muertos. Si la Naturaleza concediese vida eterna á lo perjudicial, á lo inútil, continuarían viviendo. Pero no es así.

En lo único que deben pensar ahora, es en morir bien, artísticamente. ¡A ensayar posturas, gladiadores! Pero ¿qué he dicho? ¡Gladiadores ellos? No; los gladiadores luchaban y los jefes caen sin haberse estrenado.

Por esto no producirán admiración al caer. Serán arrastrados al *Spoliarium* sin dejar un recuerdo; de desprecio, si acaso.

«Lo tuvieron todo y nada hicieron.» Esto dirán los más benévolos. Los demás les concederemos el honor de una mueca desdenosa.

Si después hay alguno que, enterrado como tal jefe, se considere con alientos para resucitar al tercer día de entre los muertos cual simple ciudadano, bien venido sea á trabajar con todos por la redención de todos, ya que él no pudo llevarla á cabo.

En la seguridad de que, sino vuelve á las andadas, se le darán los honores y los grados que gane sobre el campo de batalla en la campaña nueva.

Ni ellos han podido soñar con más, ni nosotros rendir culto más ferviente á la justicia.

Pero lo que es como jefes, no. Como jefes, que los entierren y que se pudran.

LA CULTURA DEL PUEBLO

¿Quién niega que el Pueblo no la tiene en la medida que fuera de desear? Nadie. Pero esto no autoriza al Sr. Salmerón para echarse en cara á cada paso.

Y voy más lejos. El que, como él, ha aceptado tantas veces los votos de ese Pueblo falto de cultura, ha explotado su ignorancia. Y si éste nunca sabe lo que quiere, ¿por qué arte adivinatoria dedujo el Sr. Salmerón que tenía conciencia de lo que hizo al elegirle diputado? Y cuenta que se necesita más criterio para votar que para disparar un fusil, que es, en suma, de lo que hay que tratar.

Al Pueblo hay que aceptarlo con sus cualidades y sus deficiencias. ¿Se cotizan sus aplausos? Pues hay que resignarse á devorar sus censuras. ¿Se utilizan sus votos? Pues no hay medio de recusarle para ninguna otra función.

Lo demás es explotarle indignamente. El que le ofrece una copa de vino por el voto, le

ofende; el que se lo pide en un discurso á conciencia de que no ha de entenderlo, le engaña.

No soy de los que creen que siempre tiene razón el Pueblo; ¿cómo creerlo, si á él se debe el que haya durado 24 años la farsa próxima á terminar? Pero así como se han apoyado los jefes en él para sostenerla, ¿por qué no complacerle ahora que manifiesta deseos de que termine? ¿Y por qué insultarle encima?

Por esto, y por no haberle llevado á donde quiere, se ha ido en gran parte con los socialistas y los anarquistas; y como sigamos un par de años así, se irá por completo, y nos quedaremos los republicanos reducidos á unos cuantos sabios que no enseñan, á otros cuantos valientes que no pelean, y á unos cuantos desdichados que, por respeto á sí mismos, continuarán llamándose republicanos.

Y se habrán consumido en esta labor grandes energías, paralizado potentes esfuerzos, inutilizado claros talentos, sin provecho para ellos ni para la patria, y sólo en beneficio de unos cuantos ambiciosos sin grandeza, políticos sin propósitos elevados, y charlatanes de frase clara y tendencia turbia.

Y á dos pasos estamos de que esto ocurra, si el Pueblo sin cultura, ignorante é indisciplinado, según Salmerón, no tiene ahora un arranque de esos que hagan comprender á cultos, sabios y amigos del orden, que él, y sólo él es el amo, el que dispone y manda.

GRACIAS, COMPAÑERO

En las notables *Cartas á Juan del Pueblo* que viene publicando *El País*, ha'lo estos párrafos.

«Y no te impresione el pataleo de la canalla, ni el murmurar de la gente de librea, ni la calumnia de los perros falderos.

Mírame á mí, qué libre vivo de esas preocupaciones.

¿Qué me sale á ladrar en el camino un Diluvio pación? Le pego un puntapié y adelante.

¿Qué pretende mordeme los zancarrones un Pueblo con su marca en el collar F. B. M.? Le desprecio y sigo mi camino impertérrito.

Y lo mismo hago y haré, mientras no lleguen al límite de paciencia que me he prefijado, con todos los demás canes que se asemanan de nuestra independencia porque ellos no pueden vivir sino enlazados á su trabilla.

Estoy ya curtido en estas luchas, Juan, y sólo allá, de cuando en cuando, me salgo de mis casillas.

La verdad, defendida con ardor; el lenguaje franco y duro empleado en combatir á los *excelsos*, *indiscutibles* é *inviolables*, según la constitución de los aduladores, producen siempre los mismos efectos.

La patulea servil se alborota, me señala con el dedo y grita: «¡Traidor! Está vendido al Gobierno.»

¡Pobre Nakens! ¡Desventurado Morín!

Acuérdate, Juan, cuántas veces ha caído sobre ellos esa misma acusación monstruosa.

Y al cabo, todos, todos hemos venido á reconocer que era una infame calumnia, cuando hemos visto á Nakens pobre y á El Morín embargado por los usureros.»

Agradezco mucho á *El País* su alusión. Hemos llegado á unos tiempos tan miserables, que hasta hay que agradecer el que se nos haga justicia.

Lo que me ha ocurrido es triste, no por mí, ¿qué importa que un hombre caiga al mar, si el buque no se detiene?, sino por esta reflexión, que varias veces me ha hecho: «muchos canallas debe haber entre nosotros, cuando con tanta facilidad se calumnia á un hombre que sostiene honradamente una idea; y debe ser grande el número de los que si tuviesen un periódico se vendería, cuando tan propicios están á creer que otros lo hacen.»

Aunque bien mirado, esto debemos despreciarlo siempre, y yo, en este momento, más que nadie. ¿Qué mejor venganza podía haber tomado de la granjería alta y baja, que el contemplar hoy el hermoso espectáculo que han dado el 11 de Febrero los republicanos, proclamando lo que yo he defendido?

Dejo, pues, á esos escarabajos perfecciona-

dos, que no sólo fabrican, sino que segregan la sustancia que los peloteros tienen que buscar al acaso, y prosigo mi marcha por este camino que empecé sólo, y en el que me encuentro ahora tan bien acompañado.

LA MANO DE DOÑA LEONOR

Es posible, casi seguro, que el día que el pueblo decreta la fusión, nadie se acuerde del santo de mi nombre. Es lo comun en estos casos, y con anticipación declaro que se me dará una higa.

Mas por si hubiere algún amigo que me creyese con derecho á ocupar un puesto en el organismo que se forme para convocar la gran Asamblea del partido republicano, me anticipo á declarar:

Que no llega mi modestia (cualidad hipócrita que alguien ha calificado justamente de *orgullo de los tontos*), hasta el punto de desconocer que soy efectivamente uno de los que más derecho tienen á figurar en todo lo que con la fusión se relacione.

Mas una vez reconocido que lo tengo, (pues sin esto resultaría necio lo que voy á decir), digo:

«No aceptaré puesto alguno. Parecería que mis trabajos se habían encaminado á este fin; y como no es verdad, doy de antemano las gracias á los pocos que de mí se acuerden, y únicamente les suplico que se fijen bien en los hombres que elijan, pues más que de ideas, se trata de hombres hoy.»

¿Es esto falta de ambición? No me doy cuenta; más bien sospecho que es sobra. Pero sea lo que fuere, conste que renuncio generosamente á la mano de doña Leonor, si ella no me quiere; y si me quiere, lo mismo.

Tengo además otra razón, que voy á balbucear... casi ruborizándome... No me creo, ni mucho menos, con condiciones para organizar y edificar en un partido que cuenta con tantos añcionados á hacerlo, á cambio de bullir y farolear; y como para destruir no me he dado mala maña, y en esto he alcanzado ya cierta fama, no quiero exponerme á perderla.

Y tengo además esta otra razón:

He visto á tantos republicanos que parecían tener buen sentido, perderlo y desvanecerse en cuanto alcanzaron un puesto en comisión, junta, asamblea ú otro organismo, que retrocedo ante la idea de que pudiera yo resultar ¿y por qué no? tan necio, tan farsante y tan mamarracho como ellos.

LA INQUISICION CHICA

En España, en esta monarquía de mansos borregos apacentados por clérigos y obispos, el decir la verdad es un delito, y ya es sabido que el que comete un delito va á la cárcel.

Por eso está en ella nuestro amigo Blasco Ibáñez; por haber hecho en su periódico *El Pueblo* una vigorosa campaña en contra de la suciedad moral de la capital valenciana, que ese es después de todo el verdadero motivo (el pretexto es otro) de la prisión del eminente periodista.

Pero Blasco Ibáñez se daría por contento si al menos lo dejasen en paz en la prisión.

Porque resulta que hasta allí llegan las iras de los clericales, y Blasco Ibáñez, que estaba escribiendo una novela, se ve privado de seguir trabajando, porque á la Junta de Prisiones de Valencia se le antoja que tal obra es herética y peligrosa.

Y vean ustedes cómo al final del «siglo de las luces» se ve restablecida la paternal censura del Santo Oficio de antaño, y cómo los señores de esa respetable junta se dan el placer de jugar á los Inquisidores, librando á la hermosa ciudad valenciana del espantoso cataclismo social que ocasionaría la publicación de las novelas de Blasco Ibáñez.